

pues de haber vendido caramente sus vidas.
(10 de Octubre 680)

La posteridad que siempre se conduce de la suerte de los pretendientes desgraciados y que de ordinario tiene poco en cuenta el derecho, el reposo de los pueblos y las desgracias que produce una guerra civil, si nó se sofoca en sus principios; la posteridad ha visto en Hosain la víctima de un crimen abominable. El fanatismo persa hizo lo demás: ha imaginado un santo donde no había más que un aventurero, precipitado á su perdición por una estraña aberracion de ideas, y una ambicion que rayaba en delirio. La inmensa mayoría de sus contemporáneos lo juzgaba de otro modo: veía en Hosain un perjuro, reo de alta traicion, puesto que en vida de Moawia había prestado juramento de fidelidad á Yezid, y que no tenía ningun título ni podía ostentar ningun derecho para pretender el califato.

El que ocupó la plaza de pretendiente que la muerte de Hosain acababa de dejar vacante, fué menos temerario, y se creyó más hábil. Era Abdallah, hijo de Zobair. Había sido ostensiblemente amigo de Hosain, pero sus verdaderos sentimientos no eran un misterio ni para este ni para sus amigos. «Qué-

«date tranquilo y satisfecho, hijo de Zobair,» había dicho Abdallah hijo de Abbas cuando se hubo despedido de Hosain, despues de haberle conjurado inútilmente á no emprender el viaje de Cufa, y recitando tres versos muy conocidos entónces, continuó así: «el aire es libre para tí, ¡oh golondrina! pon tus huevos, gorjea y escarba cuanto quieras.... Hé aquí á Hosain que parte para el Irac y que te abandona el Hidjáz. «No obstante, aunque tomó secretamente el título de Califa, desde que la marcha de Hosain le dejó el campo libre, el hijo de Zobair fingió un profundo dolor cuando la noticia de la catástrofe de Hosain llegó á la Ciudad Santa, y se apresuró á pronunciar un discurso muy patético. Retórico por naturaleza, ninguno era más ducho que él en la frase, ninguno poseia en igual grado el gran arte de disimular sus pensamientos y de fingir sentimientos que no experimentaba; ninguno sabía ocultar mejor la sed de riquezas y de poder que lo devoraba, bajo las nobles palabras de deber, de virtud, de religion y de piedad. En esto consistía el secreto de su fuerza, por esto se imponía al vulgo. Ahora que Hosain no podía hacerle sombra, lo proclamó Califa lejítimo, elogió sus virtu-

des y su piedad, prodigó los epítetos de perversos y engañadores á los árabes del Irac, concluyendo su discurso con estas palabras que Yezid podía aplicarse si lo juzgaba conveniente: «jamás se vió este santo varon preferir la música á la lectura del Coran, los cantos afeminados á la compuncion producida por el temor de Dios, los desarreglos del vino al ayuno, los placeres de la caza á las conferencias destinadas á piadosas conversaciones... No tardarán esos hombres en recoger el fruto de su conducta perversa...» (1).

Preciso le era ganar ante todo á su causa á los jeques más influyentes de los Emigrados; presentía que no podía engañarles tan fácilmente como á la plebe acerca de los verdaderos motivos de su rebelion, previó que encontraría obstáculos, sobre todo en Abdallah, hijo del Califa Omar que era un hombre verdaderamente desinteresado, verdaderamente piadoso y muy perspicáz. Sin embargo, no se desalentó. El hijo del Califa Omar tenia una mujer tan devota como crédula. Era preciso comenzar por ella, demasiado lo sabia el hijo de Zobair. Fué,

(1) Nouveau Journ. asiat, t. XI, p. 332.

pues á verla, la habló con su facundia ordinaria de su celo por la causa de los Defensores, de los Emigrados, del Profeta y de Dios, y cuando vió que tan suaves palabras habían hecho en ella una profunda mella, la rogó persuadiese á su marido que lo reconociera por Callfa. Ella le prometió hacer todo lo posible, y por la noche, mientras servía la cena á su marido le habló de Abdalla, haciéndole los mayores elogios y concluyó diciendo: «Ah! verdaderamente no «busca mas que la gloria del Eterno!»— «Vistes tú, respondió friamente su marido, «vistes tú el magnífico cortejo que llevaba «Moawia en su peregrinacion, sobre todo, «aquellas soberbias mulas blancas cubiertas «de gualdrapas de púrpura y montadas por «jóvenes que deslumbraban con sus adornos, «coronadas de perlas y de diamantes; has «visto esto, no es verdad? Pues bien lo que «busca tu santo varon son aquellas mulas.» Y continuó su cena sin querer escuchar más. (1)

Ya hacía un año que el hijo de Zobair se hallaba en abierta rebelion contra Yezid, y éste, sin embargo lo dejaba en paz. Era más

(1) «Aghiani,» t. I, p. 18; cf. Ibn-Badrún, p. 199.

de lo que tenía derecho á esperar de parte de un Califa que no contaba la paciencia y la mansedumbre entre sus cualidades más acentuadas; pero juzgaba por una parte que Abdallah no era muy peligroso, puesto que más prudente que Hosain no salía de la Meca y de otro no quería sin que le obligara una necesidad absoluta ensangrentar un territorio, que ya durante el paganismo había gozado el privilegio de ser asilo inviolable de hombres y animales. Sabía demasiado que tal sacrilegio había de colmar la irritacion de los devotos.

Pero su paciencia se agotó al cabo. Por última vez intimó á Abdallah que lo reconociera. Abdallah rehusó. Entonces enfurecido el Califa juró no recibir su juramento de fidelidad, sino cuando tuviera al rebelde en su presencia con el cuello y las manos cargadas de cadenas.

Pasado sin embargo el primer ímpetu de cólera, como era bueno en el fondo, se arrepintió de su juramento, y obligado sin embargo á mantenerlo, imaginó un expediente para cumplirlo sin humillar demasiado el orgullo de Abdallah. Resolvió pues enviarle una cadena de plata, y con ella una soberbia capa, con la que podría cu-

brirse, á fin de ocultar la cadena á las miradas de todos.

Diez eran las personas á quienes el Califa designó para llevar estos singulares presentes al hijo de Zobair. Á su cabeza iba el Defensor Nomán, hijo de Baxir, mediador ordinario entre el pártido piadoso y los Omíadas, sus cólegas menos conciliadores eran jeques de las diferentes tribus establecidas en la Siria.

Habiendo llegado los diputados al lugar de su destino, Abdallah como era fácil prever rehusó aceptar los regalos del Califa, sin embargo, Nomán, léjos de desanimarse por esta negativa trató de atraerle á la sumision con prudentes discursos. Estas conversaciones que por lo demás no produjeron ningun resultado, eran frecuentes y como permanecían secretas para los otros diputados, despertaron las sospechas de uno de ellos, del bn-Jdhah, jeque de la tribu de los acharitas, la mas numerosa y la más potente en Tiberiades. (1) «Despues de todo, «pensaba, este Noman es un Defensor, y bien «podrá ser capaz de vender al Califa el que «es traidor á su partido y á su tribu.» Y un

(1) Ahmed Ibn-abi-Yacub, fól. 62 v.

dia que encontró á Abdallah llegóse á él y le dijo:

«Hijo de Zobair, puedo júrarte que ese Defensor no ha recibido dél Califa, mas instrucciones que las que senos han comunicado á los demás. Es nuestro jefe no hay otra cosa. Pero por Dios, preciso es que te lo confiese, no sé qué pensar de esas conferencias secretas. Un Defensor y un Emigrado son pájaros de la misma pluma y Dios sabe si se trama algo.»— Qué tienes tu que meterte, le respondió Abdallah con un aire de supremo desden. Mientras que esté aquí haré todo lo que me acomode. Soy aquí tan inviolable, como esa paloma que vez protegida por la santidad del lugar: no es verdad que no te atreverías á matarla, porque sería un crimen ó un sacrilegio?

—¿Crees tú que me detendría semejante consideracion?

Y volviéndose hácia un paje que llevaba sus armas:

—Hola! muchacho, le dijo: mi arco y mis flechas.

Luego que el paje cumplió su mandato, cogió el jeque una flecha, la colocó en medio del arco, y comenzó á decir:

—Paloma, es dado al vino Yezid, hijo de

Moawia? Si te atreves, dí que sí, y en este caso, por Dios que te atravieso con esta flecha.... Paloma, pretendes tu despojar de la dignidad de Califa á Yezid hijo de Moawia, separarte del pueblo mahometano y quedar impune, porque te hallas en un territorio inviolable? Dí que este es tu pensamiento y te atravieso con este dardo.

—Bien ves que el ave no puede contestarte, le replicó Abdallah con ademan de lástima, pero pretendiendo en vano disimular su turbacion.

—Es verdad que el ave no puede responderme, pero tú si puedes, hijo de Zobair!... Escúchame bien; yo te juro que has de prestar juramento á Yezid, de grado ó por fuerza, ó verás flotar en este valle la bandera de los Acharitas, (1) y nó he de respetar entónces poco ni mucho los privilegios que reclamas para este sitio.

El hijo de Zobair palideció ante esta amenaza. Trabajo le costaba creer tanta impiedad aun en un sirio, y se aventuró á preguntar con voz tímida y temblorosa:

— Se atreverá alguno, por ventura á co-

(1) Este era como se ha visto el nombre de la tribu de que era jeque Ibn-Idhah.

meter el sacrilegio de derramar sangre en este sagrado territorio?

—Se atreverá, respondió el jeque sirio con entera calma, y que caiga la responsabilidad sobre el que ha elegido este lugar para conspirar contra el jefe del estado y de la religion. (1)

Si Abdallah hubiera estado más convencido de que este jeque era el intérprete de los sentimientos que animaban á sus compatriotas, acaso hubiera evitado entónces muchos males al mundo musulman, y á sí mismo, porque el hijo de Zobair vá á sucumbir; vá á sucumbir como habian sucumbido el yerno y el nieto del Profeta; como sucumbirán todos los musulmanes de antigua estofa; los hijos de los Compañeros y de los amigos de Mahoma: inauditas desgracias, terribles catástrofes, nacidas unas de otras, era lo que á todos esperaba; sin embargo, á él todavía no le había llegado su hora. Estaba decretado por el destino que ántes la desgraciada Medina había de expiar con una ruina completa y con el destierro y la muerte de sus hijos el funesto honor de haber ofrecido un asilo al Profeta

(1) «Aghani,» t. I, p. 18.

fugitivo, y de haber dado á luz á los verdaderos fundadores del Islam á esos héroes fanáticos, que suyugando la Arabia en nombre de una nueva fé, habian dado al islamismo tan sangrienta cuna.



LIBRERIA DE LA ARCADE
CALLE DE S. ANTONIO, 10

V.

Érase el año de 682. El sol acababa de ocultarse detrás de las montañas que se extienden al Oeste de Tiberiades, cuya antigua grandeza hoy solo las ruinas atestiguan, pero que en la época de que hablamos, era la capital del distrito del Jordan, y la residencia temporal del Califa Yezid I. Iluminados por los argentinos rayos de la luna, los minaretes de las mezquitas y las torres de las murallas, se reflejan en las límpidas y transparentes ondas del lago, de ese mar de Galilea que trae á la memoria del cristiano tantos recuerdos queridos, cuando una pequeña caravana, aprovechando la frescura de la noche; salió de la ciudad dirigiéndose al Mediodía.

En los nueve viajeros que á su frente iban, reconocianse al punto personas de calidad; sin embargo nada denunciaba en ellos cortesanos del Califa, que por lo comun no admitía en su intimidad sino á personas menos maduras, y de caras menos ceñudas y austeras.

Caminaron algun tiempo sin despegar los labios. Al cabo uno de los viajeros rompió el silencio.

—Y bien, hermanos míos, qué pensais ahora de él? Confesemos al menos que ha sido generoso con nosotros. No son cien mil monedas lo que de él has recibido, hijo de Handhala?

—Sí, esa suma me ha dado, replicó aquel á quien se dirigía la pregunta; pero bebe vino sin creer que es pecado; toca la guitarra, pasa el dia con perros de caza y la noche con salteadores de camino, comete incesto con sus hermanas y con sus hijas, no reza nunca, (1) en fin; no es evidente, que no tiene religion? ¿Qué haremos hermanos míos? ¿Creéis que nos sea lícito tolerar por más tiempo á semejante hombre? Hemos sufrido mas de lo que debíamos, y si conti-

(1) Cf. Soyutí Tarikh al-kholafa p. 209, ed. Lees.

nuáramos así, temo que han de llover piedras sobre nosotros. ¿Qué piensas de esto, hijo de Sinan?

—Voy á decírtelo, contestó éste. Así que nos hallemos en Medina de vuelta, deberemos declarar solemnemente, que no obedeceremos más á un libertino hijo de libertino, y en seguida lo acertaremos si prestamos homenaje al hijo de un Emigrado.

Cuando pronunciaba estas palabras, un hombre que venía por el lado opuesto cruzó el camino. El capuchon de su capa echado sobre su rostro, bubiera ocultado sus facciones á las miradas de los viajeros, aun cuando la atención de estos no estuviera enteramente absorbida en una conversacion que se animaba cada vez más.

En cuanto la caravana cesó de hallarse al alcance de su voz, el hombre del capuchon se detuvo. Su encuentro era de mal agüero, segun las ideas de los árabes porque era tuerto: además el ódio y la ferocidad, se pintaban en la terrible mirada que, con su único ojo, lanzó á aquellos hombre que se perdian en lontananza, diciendo con una voz lenta y solemne: «Juro, que si alguna vez te encuentro de nuevo y puedo matarte te mataré hijo de Sinan, por mas compañe-

ro de Mahoma que seas.» (1)

Ya habrán reconocido nuestros lectores á Medineses en los viajeros. Eran en efecto los hombres más distinguidos de esta ciudad, casi todos Defensores ó Emigrados, y hé aqui la causa porque habian venido á la Córte del Califa.

Habian aparecido en Medina síntomas de rebelion; existian allí gravísimas cuestiones respecto á las tierras de labor y á las plantaciones de palmeras, que Moawia comprara en otro tiempo á los habitantes de la ciudad, pero que estos reivindicaban ahora bajo pretexto de que Moawia reteniendo sus sueldos, los había obligado á venderlas por la centésima parte. (2) El gobernador Othman, lisonjeándose con la esperanza de que el Califa, primo hermano suyo, sabría calmar estas diferencias de un modo ó de otro, y que se conciliaría á los nobles Medineses, por su amable trato y su reconocida generosidad, propuso á estos nobles hacer el viaje á Tiberiades, en lo que consintieron ellos. Pero animado de las mejores intenciones, cometió una gran imprudencia, una

(1) Ibn-Khaldun, t. I, fól. 170 r. 169 r. Samhudi, man. de Paris núm. 763 «bis» fól. 31 r.

(2) «Raihan,» fól. 200 v. Samhudi «locolaudato.»

lijereza imperdonable. ¿Ignoraba acaso que los nobles Medineses no deseaban otra cosa que poder hablar como testigos oculares de la impiedad de su primo, á fin de escitar á sus conciudadanos á la rebeldía? En lugar de inducirlos á ir á la Côte del Califa, debió impedírsele á toda costa.

Lo que se podía preveer aconteció. Yezid, es verdad dispensó á los diputados una hospitalidad cordial y llena de consideraciones; estuvo generosísimo, dió al Defensor Abdallah, hijo de Handhala, (es decir, de un noble y valiente guerrero que murió en Ohad combatiendo por Mahoma, cien mil monedas de plata, y veinte ó diez mil, segun su categoría, á los demás diputados, (1) más como él no se ataba por nada, y como su córte no fuera un modelo de recato ni de abstinencia, la libertad de sus costumbres, junto á su predileccion por los beduinos, quienes, preciso es convenir tenían algo de salteadores cuando llegaba la ocasion, produjeron un escándalo terrible

(4) Weil, t. I, p. 326. El décimo diputado Mondhir hijo de Zobair, no acompañó á sus colegas á su vuelta á Medina, porque habia obtenido de Yezid, el permiso de ir al Irac. Véase Ibn-Khaldona folio 163 r.

en aquellos austeros y rígidos ciudadanos enemigos naturales de los hijos del desierto.

De vuelta en su ciudad natal, no dejaron que se agotase el asunto de la impiedad del Califa. Sus pláticas, quizás algo exajeradas, y sus diatribas llenas de su santa indignacion, hicieron tanta mella sobre ánimos, ya de suyo dispuestos á creer ciegamente todo lo malo que pudiera decirse de Yezid, que no tardó en pasar una escena extraordinaria en la mezquita. Reunidos allí los Medineses gritó uno de ellos: «Yo desecho á Yezid, como desecho á «mi turbante» y lo arrojó: añadiendo luego; «confieso que Yezid me ha colmado de regalos, pero es un ébrio, un enemigo de «Dios.»—Y yo, dijo otro, «desecho á Yezid, «como desecho á mis sandalias;» un tercero, «yo como á mi capa;» el cuarto, «yo como á mi borceguí;» otros los imitaron y pronto; ¡extraño espectáculo! se vió en la mezquita, un monton de turbantes, de capas, de borceguíes y de sandalias.

Declarada así la caida de Yezid, resolvióse espulsar de la ciudad á todos los Omeyas. Notificóseles en consecuencia, que debían abandonarla sin demora, pero que ántes habian de jurar, no ayudar á las hues-

tes que vinieran contra la ciudad, rechazarlas si les era posible, y caso de que no lo fuera, no volver con las tropas sirias. En vano intentó el gobernador Othman persuadir á los rebeldes de el peligro á que se exponían. «Pronto, les dijo, un numeroso ejército vendrá á destruirlos, y entónces os alegraríais de poder decir siquiera, que no arrojásteis á vuestro gobernador. Esperad al ménos para obligarme á que me vaya, á que hayais obtenido la victoria. No os hablo así en mi interés, sino en el vuestro, pues quisiera impedir, que se derramara vuestra sangre.» Léjos de acceder á estos consejos, los Medineses lo llenaron de improperios lo mismo que á Yezid: «vamos á comenzar por tí, le replicaron; no tardarán en seguirte tus parientes.»

Los Omeyas estaban furiosos. ¡Qué asunto más endiablado! ¡Qué religion más infame! (1) exclamó Merwan, que habia sido sucesivamente ministro del Califa Othman, y gobernador de Medina; pero que ahora no sin trabajo, puedo encontrar quien quisiera encargarse de su muger y de sus hi-

(1) Estas palabras se hallan en el «Aghani» p. 18, lín. 19; un pasage de Abu-Ísmail al-Bazri «Fotouh as-Cham,» p. 237, l. 10, muestra, así lo creo, que deben traducirse como las ha traducido.

jos. Era preciso, sin embargo, doblegarse á las circunstancias. Despues de prestar el juramento exigido, los Omeyas se pusieron en camino, perséguídos por los silbidos del populacho, que llegó hasta á apedrearlos, mientras que el libertino Horaith, llamado el saltador, porque, habiéndole hecho cortar un pié uno de los pasados gobernadores, andaba á saltos, agujaba de continuo las cabagalduras de estos infelices, arrojados como viles criminales de una ciudad que por tanto tiempo, habian gobernado como señores. Al fin llegaron á Dhu-Khochob, donde los desterrados debian permanecer hasta nueva orden.

Lo primero que hicieron, fué despachar correos á Yezid, para imponerle de su desgracia y pedirle socorro. Los Medineses lo supieron y enviaron unos cincuenta ginetes para arrojar á los Omeyas de su retiro. No dejó el Saltador de aprovechar esta nueva ocasion de satisfacer su venganza; él y uno de los miembros de la familia de Beni-Hazm (familia de Defensóres, que habia facilitado el asesinato del Califá Othman, poniendo su casa á disposicion de los rebeldes,) agujaban el camello que montaba Merwan, con tanta furia, que obligaron al animal á arro-

jar en tierra al caballero. Parte por temor, parte por compasion, Merwan bajó de su camello diciendo: «Vete y sálvate.» Cuando llegaron á un lugar llamado Sowaida, Merwan vió acercársele uno de sus clientes que habitaba en aquella aldehuela para convidarle á comer. «No me permitirán «detenerme el Saltador y sus dignos compañeros; le contestó Merwan. Plegue á «Dios que tengamos un dia á este hombre en nuestro poder. No será entonces «culpa nuestra, si su mano no participa de «la suerte de su pié.» Por último; cuando llegaron á Wadi-l-corá se permitió á los Omeyas permanecer allí. (1)

Entre tanto, la discordia estaba á punto de estallar entre los Medineses. (2) Mientras que solo se trató de espulsar, de injuriar y de maltratar á los Omeyas, la union mas perfecta reinó entre todos, mas nó sucedió lo mismo cuando se pensó en elegir Califa. Los Coreiscitas no querian un Defensor, y los Defensores no querian un Coreiscita. Sin embargo, como se conoció

(1) «Aghani,» t. I, p. 18-20. Como M. Weil ha dicho con razon, es preciso borrar en la última línea de la página 18 la palabra «alaihi.»

(1) Raihan, fól. 200 v.

la necesidad de la concordia, se convino en dejar esta grave cuestion en suspenso, eligiendo gefes provisionales y esperando para la eleccion de nuevo Califa, á que Yezid fuera destronado. (1)

Este, tenía ya noticia de lo sucedido, por el correo enviado por los Omeyas. Al saberlo, fué mayor la sorpresa y la indignacion que le produjo la conducta pasiva de sus parientes, que su irritacion contra los sediciosos.

—Nó podian los Omeyas, preguntó, reunir un millar de hombres juntando sus libertos?

—Seguramente, le respondió el mensajero: tres mil, hubieran podido reunir sin trabajo.

—Y con tan considerables fuerzas no han intentado resistir ni siquiera una hora?

—Los rebeldes eran muy numerosos, toda resistencia era imposible. (2)

Si Yezid no hubiese escuchado más que á su justa indignacion, contra unos hombres que se habian rebelado despues de guardarse sin escrúpulo sus presentes y su dinero, hubiera enviado desde luego un ejército para castigarlos; pero quería evitar, si era po-

(1) Weil, t. I, p. 326, en la nota.

(2) «Aghani», t. I, p. 21.

siblè todavía romper para siempre con los devotos; acaso se acordaba de que había dicho el Profeta: «Al que saque su espada contra los Medineses, Dios y los ángeles y los «hombres lo maldécirán.» (1) y por segunda vez dió pruebas de una moderacion tanto más de apreciar, cuanto que no era la más propia de su genio. Queriendo tentar aun la via de la clemencia, envió á Medina al Defensor Noman, hijo de Baxir, pero en vano. Los Defensores, en verdad, no permanecieron insensibles por completo, á los prudentes consejos de su contributo que les representaba cuán débiles y poco numerosos eran para resistir á los ejércitos de la Siria; pero los Coreiscitas no querian más que la guerra, y su jefe Abdalla, hijo de Moti, dijo á Noman: «Márchate tú, que no «has venido sino para destruir la concordia que gracias á Dios reina ahora entre «nosotros.»—«Si, tú eres ahora muy bravo y «muy atrevido, le respondió Noman; pero «bien sé lo que harás cuando el ejército sirio toque á las puertas de Medina; entónces «tú huirás á la Meca en el más ligero de tus «mulos, y abandonarás á su suerte á estos «desdichados, á estos Defensores, que serán

(1) Soyuti, «Tarikh al-kholajá» ed. Lees.

«degollados en las calles, en las mezquitas, «á las mismas puertas de sus casas.» Al cabo conociendo que eran inútiles sus esfuerzos se volvió, y presentándose á Yezid, le dió cuenta del mal éxito de su embajada. (1) «Puesto que es absolutamente preciso, dijo «entónces el Califa, voy á hacerlos triturar «por los caballos de mis sirios.» (2)

El ejército compuesto de diez mil hombres, debía someter, no solo á Medina, sino tambien á la Meca, la ciudad Santa. Más como el general á quien Yezid lo confiara acabase de morir, todos los demás, ardiendo en deseos de anonadar de una vez para siempre á la nueva aristocrácia, se disputaban el mando. (3) Yezid no se había decidido aun, cuando un hombre envejecido en la guerra, vino á alistarse en las filas.

Era el tuerto que hemos encontrado ya en el camino de Tiberiades.

Ninguno acaso representaba tan bien los antiguos tiempos, y el principio pagano como el tuerto Moslim, hijo de Ocba, de la tribu de Mozena. (4) No había en él ni aun si-

(1) Ibn-Khaldun, t. II, fól. 169 r. et v.

(2) Samhudi.

(3) V. ase la nota A al fin de este tomo.

(4) En muchos manuscritos se lee por error «Morri» en vez de «Mozani.» La verdadera lección se encuentra en Fakini, fól. 400 r.

quiera sombra de la fé mahometana, nada de lo que era sagrado á los ojos de los musulmanes, lo era para él. Moawia habia conocido y apreciado sus sentimientos recomendándolo á su hijo como el más á propósito para reducir á los Medineses, caso de que se sublevasen. (1) Sin embargo, si él no creía en la divina mision de Mahoma, creía firmemente en las supersticiones del paganismo, en los sueños proféticos, y en las misteriosas palabras que salian de los «gharcad» especie de zarzas espinosas, que durante la época pagana pasaban por oráculos en estos lugares de la Arabia; lo que demostró cuando presentándose á Yezid le dijo: «Todo el que envíe á Medina será derrotado. Yo solo puedo vencer... He visto en sueños un «gharcad» de donde salía esta voz: ¡Por mano de Moslin! Aproxímeme al lugar de donde venía la voz y escuché que decía: ¡Tú eres quien ha de vengar á Othman de sus asesinos los Medineses! (2)

Convencido de que Moslin era el hombre que necesitaba, Yezid lo nombró gene-

(1) Ibn- Khaldun fól. 169 v. Samhudi.

(2) «Aghani,» t. I, p. 21.

ral y le comunicó sus órdenes en estos términos: «Antes de atacar á los Medineses, des intimarás la rendicion durante tres dias; si rehusan, atácalos, y si obtienes la victoria entrega la ciudad al saqueo durante otros tres dias, todo lo que tus soldados encuentren de plata, de bastimentos ó de armas, será suyo. (1) En seguida haz jurar á los Medineses ser mis esclavos y corta la cabeza á quien lo rehuse.» (2)

El ejército en que se hacia notar Ibn-Idhah, jefe de los Acharitas (3) cuya conversacion con el hijo de Zobair hemos referido; llegó sin novedad á Wadi-l-cora, donde se encontraban los Ommiadas espulsados de Medina. Moslin los consultó separadamente sobre las medidas que debia tomar para apoderarse de la ciudad. Habiendo rehusado un hijo del Califa Othman, violar el juramento que los Medineses le habian exigido, el impetuoso Moslin le dijo «Si no fueras hijo de Othman te cortaría la cabeza; pero si te perdono no he de perdonar á ningun otro coreiscita que me rehu-

(1) Ibn-Khaldun, Samhudi.

(2) Fakihi, fól. 400 r.

(3) Ibn-al-Athir man. de Paris, (C. P.) t. III fól. 78 r.

«se su apoyo y sus consejos.» Tocó la vez á Merwan. Este tenía tambien escrúpulos de conciencia, pero por una parte temía por su cabeza, pues Moslin hacía seguir de cerca el hecho á la amenaza, y por otra su ódio á los Medineses era demasiado profundo para que esquivase la ocasion de satisfacerlo. Por fortuna sabia que pueden hacerse acomodamientos con el cielo, y que bien puede violarse un juramento, sin que lo parezca. Dió pues sus instrucciones á su hijo Abdelmelic, que no habia jurado. «Entra antes que yo, añadió: acaso Moslin no me pregunte nada así que te haya escuchado.» Llevado á presencia del general Abdelmelic, le aconsejó adelantarse hasta las primeras plantaciones de palmeras donde el ejército debía pasar la noche, y por la mañana temprano ir á Harra al Este de Medina, para que los Medineses que no dejarían de salir á su encuentro, tuvieran al sol de frente. (1) Abdelmelic hizo entreveer además á Moslin que su padre no dejaría de ponerse en relacion con ciertos Medineses, que empeñado el combate, acaso harían traicion á sus conciudadanos. (2)

(1) Ibn-Khaldun.

(2) «Raihan,» fól. 200 v.

Contentísimo con lo que acababa de escuchar, exclamó Moslin con burlona sonrisa: «¡Qué hombre más admirable es tu padre! y sin obligar á Merwan á decir nada siguió puntualmente los consejos de Abdelmelic: acampó al Oriente de Medina en la carretera de Cufa, é hizo saber á los de Medina que les concedía un plazo de tres dias para someterse, pasados los cuales los Medineses respondieron negativamente. (1)

Como Merwan había previsto, los Medineses, lójos de esperar al enemigo dentro de los muros de la ciudad que habían fortificado cuanto les era ya posible, salieron á su encuentro (26 de Agosto 683), divididos en cuatro cuerpos, segun su origen. Los Emigrados llevaban á su frente á Makil, hijo de Sinan, (2) compañero de Mahoma, que á la cabeza de su tribu de Achdja asistió á la toma de la Meca, y que debía de gozar gran consideracion en Medina, puesto que los Emigrados le habían conferido el mando, aunque no era de su tribu. Los coreiscitas que no se contaban entre los Emigrados, pero que en diversas

(1) Ibn-Khaldun.

(2) Véase cerca de él á Nawawí p. 567, Ibn-Coteba, p. 152 Samhudi, fól 32.

épocas despues de la toma de la Meca se habian establecido en Medina, se dividian en dos compañías, una mandada por Abdallah, hijo de Moti, la otra por un compañero del Profeta. En fin, el cuerpo mas considerable, el de los Defensores, tenía por jefe á Abdallah, hijo de Handhala. Guardando profundo y religioso silencio, se adelantaron hácia Harra donde se hallaban los impíos, los paganos que iban á combatir.

Desgraciadamente el caudillo del ejército sirio, se encontraba enfermo. Hízose llevar sin embargo, en una silla, delante de las filas; confió su bandera á un valiente paje de oríjen griego, y gritó á sus soldados: ¡Árabes de la Siria! ¡Mostrad ahora cómo «sabeis defender á vuestro general! ¡Carguen!»

Empeñóse el combate. Los sirios atacaron con tanto ímpetu, que tres cuerpos Medineses, el de los Emigrados y los de los Coreiscitas volvieron grupas, pero el cuarto, el de los Defensores, obligó á los sirios á cejar y agruparse en torno de su jefe. Peleábase con encarnizamiento por ambas partes, cuando el intrépido Fadhl que combatía al lado de Abdallah, hijo de Handhala, al frente de veinte caballeros, dijo á

su jefe: «dadme el mando de toda la caballería: yo trataré de penetrar hasta donde se encuentra Moslin, y uno de los dos perderá la vida.» Habiendo accedido Abdullah, dió Fadhl una carga tan vigorosa, que los sirios cejaron de nuevo. «Otra carga como esta, queridos y bravos amigos;» exclamó entónces, «y por Dios que si encuentro á su general, uno de los dos no cha de sobrevivir á este dia! Acordaos que la victoria el premio es del valor!» Sus soldados atacaron de nuevo con redoblada furia, rompen las filas de la caballería siria y penetran hasta el lugar en que se hallaba Moslin. Quinientos peones lo rodeaban con sus lanzas inclinadas; pero Fadhl abriéndose camino con su espada, dirigió su caballo hácia la bandera de Moslin; asestó al paje que la conducía un golpe que le partió el casco y la cabeza, y exclamó: Por el Señor de la Caba, que he muerto al tirano! — Nó, te engañas; le respondió Moslin; y cogiendo su bandera, enfermo y todo como estaba, reanimó á los sirios con sus palabras y con su ejemplo. Fadhl murió acribillado de heridas al lado de Moslin.

En el mismo instante en que los medineses veian á el cuerpo de Ibn-Idhah y de

otros prontos á lanzarse sobre ellos, oyen resonar de la ciudad alaridos de triunfo; el grito de ¡Dios es grande!.... Habían sido vendidos. Merwan habia cumplido su palabra á Moslin. Seducidos por brillantes promesas los Beni-Haritha, familia que pertenecía á los Defensores, habian introducido secretamente tropas sirias en la ciudad. Esta estaba ya en poder del enemigo; todo estaba perdido; los Medineses iban á encontrarse entre dos fuegos. La mayor parte corren hácia la ciudad para salvar á sus mugeres y á sus hijos; algunos como Abdallah, hijo de Moti, (1) huyen en direccion á la Meca, pero Abdallah, hijo de Hendahla, resuelto á no sobrevivir á este dia fatal grita á los suyos: «Nuestros enemigos van á conseguir el triunfo. En ménos de una hora todo se habrá decidido. Piadosos musulmanes, habitantes de una ciudad que dió asilo al Profeta, todos hemos de morir un dia, y no hay muerte más hermosa que la del mártir. Dejémonos matar hoy, hoy que Dios nos ofrece la ocasion de morir por su santa causal!» Ya llovian por todas partes las flechas de los sirios, cuando gri-

(1) Ibn-Coteba, p. 201. . .

tó de nuevo, «Que los que deseen entrar inmediatamente en el paraíso, sigan mi bandera!» Todos la siguieron; todos combatieron desesperadamente, resueltos á vender caras sus vidas. Abdallah envió sus hijos, uno despues de otro, á lo más recio de la pelea, y vió el sacrificio de todos ellos. Mientras que Moslin prometía dinero á todo el que le presentara una cabeza enemiga, Abdallah las derribaba á derecha é izquierda, y la conviccion de que un castigo mas terrible, esperaba á sus víctimas mas allá de la tumba, le causaba una feróz alegría. Segun la costumbre árabe, recitaba versos combatiendo que espresaban claramente el pensamiento de un fanático, que se aferra á la fé, á fin de poder odiar á su sabor. «Mueres, decía á cada una de sus víctimas, mueres, pero tus delitos te sobrevivirán! «Dios nos lo ha dicho, en su libro nos lo ha dicho: el infierno espera á los incrédulos!» Al fin sucumbió. Su hermano uterino cayó á su lado herido de muerte. «Pues que muero por la espada de estos hombres, estoy mas seguro de ir al paraíso, que si hubiese sido muerto por los paganos Dailemitas,» tales fueron sus últimas palabras. Hubó una horrible carnicería. Entre los que su-

cumbieron, se encontraban setecientas personas que se sabian de memoria el Coran, ochenta estaban revestidos con el sagrado carácter de compañeros de Mahoma. Ninguno de los venerables ancianos que habian combatido en Bedr, donde el Profeta obtuvo su primera victoria sobre los de la Meca, sobrevivió á esta funesta catástrofe.

Los vencedores irritados entraron en la ciudad, luego que su general les hubo dado permiso de saquearla durante tres dias consecutivos. Para desembarazarse de sus caballos corrieron á dejarlos en medio de la mezquita: un solo medinés se encontraba en ella, era Said, hijo de Mosaiyab, el teólogo más sábio de su tiempo. Vió á los sirios entrar en la mezquita, atar sus caballos en el espacio comprendido entre la cátedra del Profeta y su tumba, recinto sagrado que Mahoma llamaba un jardin del Paraiso... A la vista de tan horrible sacrilegio, creyendo Said que la naturaleza entera estaba amenazada de una terrible catástrofe, quedóse inmóvil de estupor. «Mirad á ese imbécil, á ese doctor,» se dijeron los sirios con chacota; pero no le hicieron daño, tenian prisa de saquear.

Nada se perdonó. Los niños fueron redu-

cidos á esclavitud ó degollados, las mujeres violadas, y en consecuencia, un millar de desdichadas dieron la vida á otros tantos párias infamados para siempre con el nombre de «Hijos de Harra.»

Entre los prisioneros se hallaba Makil, hijo de Sinan. Abrasábase de sed y se quejaba de ello amargamente. Moslin se lo hizo traer y lo recibió con el semblante más risueño que le fué posible.

—Tienes sed, hijo de Sinan? le preguntó.

—Sí, general.

—Dadle de esa bebida que nos ha dado el Califa, dijo Moslin, dirigiéndose á uno de sus soldados.

Cuando se cumplió la orden y Mekil hubo bebido.

—No tienes ya sed? continuó Moslin.

—No, ya no tengo sed.

—Pues bien, dijo el general cambiando de pronto de tono y de mirada, has bebido por la última vez. Prepárate á morir.

El anciano se puso de hinojos pidiendo perdón.

—A tñ esperas que te perdone? No eras tú quien yo encontré en el camino cerca de Tiberiades, la noche en que volvías á Medina con los otros diputados? no eras tú á

quien yo oí llenar de injurias á Yezid? no eres tú á quien yo oí decir: «Luego que nos hallemos, en Medina de vuelta, deberemos declarar solemnemente, que no obedeceremos mas á un libertino hijo de libertino, y en seguida lo acertaremos si prestamos homenaje al hijo de un Emigrado?.... Pues bien, entónces juraba yo, que si te volvía á encontrar y llegaba á tener tu vida entre mis manos te mataría. Por Dios, que he de cumplir mi juramento! Que maten á ese hombre!»

Intimóse la orden á los medineses que aun quedaban en la Ciudad, pues la mayor parte, habia buscado su salvacion en la fuga, que prestaran juramento á Yezid. No era este el juramento ordinario, por el cual se obligaban á obedecer al Califa, en tanto que este obedeciera al Coran y á los mandatos de Mahoma; léjos de esto los medineses debian jurar ser esclavos de Yezid, esclavos que podría manumitir ó vender á su voluntad, tal era la fórmula: debian reconocer en él, una autoridad ilimitada sobre todo lo que poseian, sobre sus mujeres, sobre sus hijos y sobre su vida. La muerte esperaba á los que se negasen á prestar este horrible juramento. Dos Coreiscitas sin embargo, declararon con energía, que no prestarían otro

juramento que el acostumbrado. Moslim ordenó al punto cortarles la cabeza. Coreiscita tambien Merwan, osó censurar esta orden, pero Moslim, pinchándole con su baston en la barriga, le dijo secamente: «Por «Dios! que si tú mismo hubieras dicho lo «que ellós han osado decir, te hubiera «muerto.» Todavía sin embargo, se atrevió á pedir gracia para otro que estaba enlazado con su familia, y rehusaba jurar igualmente. El general sirio no se dejó ablandar. Otra cosa fué, cuando un Coreiscita cuya madre pertenecia á la tribu de Kinda, negóse á el juramento, y cuando uno de los jefes del ejército, sirio que pertenecia á los Sacun sub-tribu de Kinda exclamó: «El hijo de «nuestra hermana no prestará semejante «juramento.» Moslin lo dispensó. (1)

Los árabes de la Siria, habian ajustado la cuenta á los hijos de aquellos sectarios fanáticos, que inundáran la Arabia con la sangre de sus padres. La antigua nobleza, habia anodadado á la nueva. Representante de la antigua aristocracia de la Meca, Yezid habia vengado la muerte del Califa Othman, y las derrotas que los Medineses que com-

(1) Ibn-al-Athir, t. III, fól. 78 r. 79 v, Samhudi, fól. 31 r. y sig. Ibn-Khaldun, t. II, fól. 169, v. 170, v. «Raihan,» fól 200 v. 201 r.

batían entónces bajo las banderas de Mahoma, habian hecho experimentar á su abuelo. La reaccion del principio pagano contra el principio musulman habia sido cruel, terrible, inexorable. Jamás se repusieron los Defensores de este golpe fatal. Su fuerza quedó quebrantada para siempre. Su ciudad casi desierta, quedó por algun tiempo abandonada á los perros y á las fieras de los campos, (1) pues que la mayor parte de sus habitantes, buscando nueva patria y una suerte menos dura en lejanos climas, se fueron al ejército de África. Demasiado tuvieron los otros que llorar: los omeyas no perdieron ocasion de abrumarlos con todo el peso de su desden, de su menosprecio, de su ódio implacable y de colmados disgustos y amarguras. Diez años despues de la batalla de Harra, Haddajadj, gobernador de la provincia, hizo sufrir la pena de marca á muchos venerables ancianos que habian sido compañeros de Mahoma. Para él, todo Medinés era un asesino de Othman, como si este crimen, dado que los Defensores hubiesen sido más culpables que en realidad lo fueron, no se hubiera espiado suficiente-

(1) Samhudi fól. 31 r.

mente con el degüello de Harra y el saco de Medina! Y cuando Haddjadj dejó la ciudad exclamó: «Alabado sea Dios, que me permite alejarme de la más impura de las ciudades, de la que te ha pagado siempre las bondades del Califa, con la perfidia y la rebelion! Por Dios, si mi soberano no me ordenára en todas sus cartas perdonar á estos infames, yo destruiría la ciudad, y les haría gemir al rededor de la cátedra del Profeta!» Como refirieran estas palabras á uno de los ancianos, á quienes Haddjadj habia hecho marcar dijo éste: «Un terrible castigo le espera en la otra vida! Lo que he hecho despues es digno de Faraon!» (1) Así, la conviccion de que sus tiranos habian de ser atormentados con el fuego eterno, fué en adelante el único consuelo y la única esperanza de estos infelices. No se escaseaban este consuelo. Predicaciones de los compañeros de Mahoma, profecías del mismo Mahoma, milagros verificados en su favor, todo lo recibían con una credulidad ávida é insaciable. El teólogo Said, que se hallaba en la Mezquita cuando los jinetes sirios fueron á convertirla en caballeriza,

(1) Ibn-al-Athir, t. IV, fól. 17 r.

oyó á la hora de la oracion, salir de la tumba del Profeta una voz que profirió las palabras solemnes destinadas á anunciar esta hora. (1) En el terrible Moslin, el hombre de Mozena, veian los medineses el mónstruo más horrible que la tierra habia soportado hasta entónces; y que no hallaría émulo sino al fin de los siglos, en otro hombre de su misma tribu; contaban que habia dicho el Profeta: «Los últimos que resucitarán serán dos hombres de Mozena. Hallarán la tierra deshabitada. Vendrán á Medina donde no encontrarán mas que fieras. Entónces dos ángeles bajarán del cielo, los echarán sobre su vientre y los arrastrarán asi hasta el lugar en que se challen los otros hombres.» (2)

Oprimidos, blanco de todos los ultrages, tratados á puntapiés, no quedaba á los medineses mas partido, que imitar el ejemplo que les dieron aquellos de sus conciudadanos que se habian alistado en el ejército de África, y esto fué lo que hicieron. De África pasaron á España. Casi todos los descendientes de los antiguos Defensores, se hallaban en la hueste con que Muza atravesó el

(1) Samhudi, «Raihan.»

(2) Id. fól. 30.

estrecho. En España fué donde se establecieron, especialmente en las provincias del Este y del Oeste, donde su tribu llegó á ser la mas numerosa. (1) De Medina désaparecieron. Á un viajero que llegó á esta ciudad en el siglo XIII, y se informó por curiosidad si existían aun descendientes de los Defensores, no le pudieron enseñar mas que un hombre y una mujer ambos ancianos. Puede pues desconfiarse del origen ilustre, de esa docena de pobres familias que habitan hoy los arrabales y que pretenden descender de los Defensores. (2)

Pero ni aún en España estuvieron estos al abrigo del ódio de los árabes de la Siria: en las orillas del Guadalquivir hemos de ver renacer la lucha, teniendo España por gobernador un coreiscita, que en la batalla de Harra, combatió en las filas de los Medineses, y que despues de la derrota huyó para reunirse al ejército de África.

Lo que ahora debe llamar nuestra atencion, es una lucha de diferente naturaleza; pero que se continuó tambien en la penín-

(1) Macçari, t. I, p. 187.

(2) Véase á Burckhardt «Travesin Arabia» t. II p. 237. Segun Burton «Pilgrimage,» t. II, p. 1, no hay en Médina mas que cuatro de estas familias.

sula española. Al referirla tendremos ocasión de volver á hablar de paso de Abdallah, hijo de Zobair y de ver que el destino de este otro representante «de los compañeros» de Mahoma no fué menos infeliz que la de los Medineses.

CC. Monumental de la Biblioteca General
CONSEJERIA DE CULTURA

LIBRERIA DE ANTONIETA

VI.

Si se exceptúan las luchas originadas por esos principios fundamentales que han estado siempre en cuestión, y que lo estarán eternamente, no hay otras en el Asia ni en Europa, entre los musulmanes ni entre los cristianos que tengan la persistencia de las que proceden de esa antipatía de raza que perpetuándose á través de los siglos, sobrevive á todas las revoluciones políticas, sociales y religiosas. Ya hemos tenido ocasión de decir, aunque incidentalmente que la nación arábica se componía de dos pueblos distintos y enemigos, más este es el lugar de esponer este hecho con más precisión y con el desarrollo necesario.

Según la costumbre oriental, que hace

descender toda la nacion de un solo hombre, el más antiguo de estos pueblos pretendía ser oriundo de un cierto Cahtan, personaje que los árabes, cuando conocieron la Biblia identificaron con Yoctan; uno de los descendientes de Sem, segun el Génesis. La posteridad de Cahtan, invadió la Arabia Meridional muchos siglos ántes de nuestra era, y subyugó la raza de origen incierto, que habitaba este país. Los catanitas llevan ordinariamente el nombre de yemenitas, tomado de la provincia más floreciente de la Arabia Meridional, y así será como los llamaremos en adelante.

El otro pueblo, procedente de Adnan, descendiente de Ismael, á lo que se dice, habitaba el Hidjaz, provincia que se estiende desde la Palestina hasta el Yemen, y en donde se encuentran la Meca y Medina; el Nadjes decir, la mesa estensa sembrada de algunas ondulaciones, que ocupa toda la Arabia central, en una palabra, el norte de Arabia. Denominanseles Maádditas Nizaritas Modharitas ó Caisitas, nombres que todos indican el mismo pueblo, ó una parte de él, porque Cais descende de Modhar; este era uno de los hijos de Nizar y Nizar era hijo, de Maádd. Nosotros emplearemos el termi-

no de maádditas para designar esta raza.

Nada hay de parecido en la historia europea al odio, á veces sordo, las más fragante de estos dos pueblos arábigos, que se mataban bajo el pretesto más fútil. El territorio de Damasco fué teatro, durante dos años de una guerra cruel, porque un maáddita cogió un melon en el jardín de un yemenita, (1) y en la provincia de Murcia la sangre corrió á torrentes durante siete años porque un maáddita, pasando por casualidad por la tierra de un yemenita, había tronchado sin pensar un pámpano de su viña. (2) Por lo menos en Europa, si la antipatía era fortísima, á lo menos era motivada, había habido conquista y servidumbre. En la Arabia por el contrario, ninguna de las razas había sometido á la otra. Verdad es que antiguamente una parte de los maádditas reconocían la soberanía del rey del Yemen, y le pagaban tributo; mas esto era voluntariamente, pues estas hordas anárquicas necesitaban de un Señor que las impidiera destruirse mutuamente, y este Señor no podía elegirse en ninguna de sus familias, pues que bastara esto para que las

(1) Abu-'l-feda t II, p. 64.

(2) Ibn-Adhari, t. II p. 84.

otras rehusaran obedecerle. Por eso; si las tribus maádditas que habian estado reunidas momentáneamente bajo un jefe por ellas elegido, se emancipaba de su dominio, pronto las guerras civiles las obligaban á volver á él. Teniendo que elegir entre la anarquía y el dominio extranjero; los jeques de las tribus se decian después de una larga lucha intestina: «No tenemos mas partido que tomar que entregarnos de nuevo al rey del Yemen; le pagaremos tributo en ovejas y camellos, é impedirá que el fuerte anonda al débil.» (1) Cuando más tarde el Yemen fue conquistado por los Abisinios, los maádditas del Nadjd dieron de grado á otro príncipe de origen yemenita, al rey de Hira, la escasa autoridad que habian reconocido hasta entónces en el rey del Yemen. Entre sumision tan espontánea y la servidumbre extranjera, hay una diferencia enorme.

En Europa, además, la diversidad de costumbres y de idiomas, levantaba una barrera insuperable entre los dos pueblos, que la conquista habia reunido en el mismo suelo. No sucedia así en el imperio musulman. Mu-

(1) Caussin t. II, p. 285.

cho tiempo antes de Mahoma, la lengua jeme hita ó himigarita; como se le llama, nacida de la mezcla del árabe y del idioma de los vencidos, había cedido su lugar al árabe puro; la lengua de los maádidtas, que habían conquistado cierta preponderancia intelectual. Salvo ligeras diferencias de dialecto, entrambos pueblos hablaban la misma lengua, y nunca se dice que en los ejércitos musulmanes le haya costado trabajo á un maáddita entender á un yemenita. (1) Participaban además de los mismos gustos, de las mismas ideas, de las mismas costumbres, pues que en ambas partes, la mayoría de la población era nómada. En fin adoptando ambas el Islamismo, tenían también la misma religion. En una palabra, la diferencia que entre ellos existía era menos sensible, que la que se encontraba entre los pueblos germánicos que invadieron el imperio romano.

Y sin embargo, apesar de que las razones que esplican la antipatía de raza en Europa no existían, en el Oriente esta antipatía to-

(1) Verdad es que Mahra, se había conservado la antigua lengua, y los demás árabes apenas comprendían la lengua de esta provincia. Véase á Izta-khri, p. 14.

ma aquí un carácter de tenacidad que no se encuentra entre nosotros. Al cabo de 300 ó 400 años, este enemigo original se ha borrado en Europa; entre los beduinos cuenta veinte y cinco siglos, se remonta á los primeros tiempos históricos de la nacion y está muy léjos de haberse estinguido en nuestros dias. (1)

«La hostilidad original decia un poeta, «procede de nuestros abuelos.» (2) Además, ella no ha tenido nunca en Europa, el carácter atroz que en el Oriente, jamás ahogó en nuestros antepasados, los sentimientos mas dulces y mas sagrados de la naturaleza, jamás un hijo ha menospreciado ni odiado á su madre porque perteneciera á otra raza que su padre. «Rogais por vuestro padre le dijo uno á un yemenita, que hacía la «procesion solemne al rededor del templo de «la Meca, mas porqué no rogais por vuestra «madre? Por mi madre! replicó el yemenita «con aire desdeñoso, cómo he de rogar por

(1) Véase sobre éste último punto á Volney, «Viaje á la Siria y al Egipto», t. I, p. 440. Sourn. asiát, allemand, t. V. p. 501, t. VI, p. 389, 390, Robinson, «La Palestina,» t. II, p. 481, 601 de la traduccion alemana, y la nota en la que el autor remite á los viajes de Nubuhr y de Burckhardt.

(2) «Hamasa» de Bohtori, man. de Ley de p. 35.

«ella? Era de la raza de Maadd.» (1)

Este ódio que se estiende de generacion en generacion, á despecho de una completa comunidad de idioma, de derechos, de costumbres, de ideas, de religion y hasta cierto punto de origen, pues que ambos son de raza semitica, este ódio que ningun antecedente esplica, está en la sangre, esto es todo lo que puede decirse, y probablemente hubieran sido tan incapaces de determinar su verdadera causa, los árabes del siglo VII como lo son hoy los yemenitas, que vagan por la provincia de Jerusalem, y que contaban á los viajeros que les preguntan, porque son enemigos jurados de los caisitas (maáditas) de la provincia de Hibrun, que no saben otra cosa mas de que este ódio data de tiempo inmemorial. (2)

Léjos de disminuir el Islamismo esta aversion instintiva, le ha dado un vigor y una veracidad que ántes no tenía. Mirándose siempre con desconfianza se vieron obligados en adelante á combatir bajo las mismas banderas, á vivir en el mismo suelo, á partir los frutos de la conquista, y estas continuas relaciones, esta aproximacion dia-

(1) Mobarrad p. 195.

(2) Robinson, t. II, p. 601.

ria, engendraron otras tantas disputas y alborotos. Al propio tiempo, esta enemistad adquirió un interés y una importancia que no podía tener cuando estaba circunscrita á un rícon casi ignorado del Asia. En adelante ensangrentó tanto la España y la Sicilia, como los desiertos del Atlas y las riberas del Ganges, y ejerció una considerable influencia, no solo sobre la suerte de los pueblos vencidos, sino hasta sobre el destino de todas las naciones latinas y germánicas, pues que detuvo á los musulmanes en la via de sus conquistas, cuando amenazaban á la Francia y á todo el Occidente.

Combatiéronse los dos pueblos en toda la estension del imperio musulman, pero era este imperio demasiado vasto, y no habia unidad bastante entre las tribus para que la lucha pudiera ser simultánea, y dirigida hácia un fin preconcebido. Cada provincia tuvo su guerra particular, su guerra propia, y los nombres de los dos partidos tomados de los de las tribus más numerosas en la localidad donde se combatía, difieren casi en todas partes. En el Khorasan, por ejemplo, los yemenitas llevan el nombre de azelitas y los maádditas el de teminitas, por que las tribus de Azd y de Temin eran allí

las más considerables. (1) En la Siria, provincia de que principalmente vamos á ocuparnos, estaban de una parte los kelbitas, de otra los caisitas. Los primeros de origen yemenita, constituian la mayoría de la población arábiga, (2) porque cuando muchas tribus yemenitas fueron á establecerse en la Siria, en los califados de Abu-Becre y Omar los maádditas prefirieron fijarse en el Irac. (3)

Kelbitas y caisitas estaban igualmente ligados á Moawia, que merced á su prudente y sábia política, supo mantener entre ellos cierto equilibrio y conciliarse el afecto de unos y otros. Mas por bien calculadas que fueran sus medidas, no pudo impedir que el ódio reciproco que se profesaban no se manifestára de vez en cuando; bajo su reinado los kelbitas y los fezaras, tribu de los caisitas, llegaron á darse una batalla en Banat-Cain, (4) y cuando quiso hacer reconocer por su sucesor á Yezid, experimentó dificultades por parte de los caisitas, porque la madre de Yezid era una

(1) «Comentario de Soccari sobre el Divan de Ferazdac», man. de Oxford, fól. 93 v.

(2) Iztakhri p. 13,

(3) Tabari, t. II, p. 254. Ibn-Ismaíl al Bazri, «Fotuh as Cham», p. 12-195.

(4) Wüstenfeld, «Tablas genealógicas», p. 265.

kelbita, hija de Malic Ibn-Bahdal, el jeque de esta tribu, y para los caisitas, Yezid, educado en el desierto de Semawa con la familia de su madre, no era un Omeya, sino un kelbita. (1) Ignórase de qué modo Moawia supo ganarse sus sufragios, sabiéndose solamente que reconocieron á Yezid por heredero, y que le permanecieron fieles mientras reinó. Pero su reinado no duró mas que tres años. Murió en Noviembre de 683, dos meses y medio después de la batalla de Harra, contando solo 38 años de edad.

A su muerte, el inmenso imperio se encontró de pronto sin señor. No porque Yezid muriera sin sucesion, dejó muchos hijos, sino porque el califado no era hereditario, sino electivo. Este gran principio no fué establecido por Mahoma, que nada decidió sobre este punto, sino por el Califa Omar que no carecía tan absolutamente como el Profeta de sentido político, y que como legislador gozaba de una autoridad incontestable. Él fué quien en una arenga pronunciada en la mezquita de Medina había dicho: «Si alguno piensa en proclamar á un hombre por soberano sin que hayan

(1) «Hamasa,» d. 319, 685.

«deliberado todos los musulmanes, semejante proclamacion será nula.» (1) Verdad es que hasta entónces se había eludido siempre la aplicacion de este principio; el mismo Yezid no fué elegido por la nación, pero su padre tuvo al ménos la precaucion de hacerlo jurar como sucesor suyo. Descuidada esta precaucion por Yezid, á quien arrebató la muerte en la flor de su edad, su primogénito, llamado Moawia como su abuelo, no podía alegar ningun derecho al califato. Lo hubieran reconocido sin embargo, si los sirios, los hacedores de Califas en este tiempo, se hubiesen puesto de acuerdo, para sostenerlo. No lo estaban, y aun se dice que el mismo Moawia no ambicionaba el trono. Un profundo misterio envuelve las intenciones de este jóven. Á creer á los historiadores musulmanes, Moawia en nada se parecía á su padre: la buena causa era á sus ojos la que los medineses defendian, y cuando supo la victoria de Harra, el saqueo de Medina y la muerte de los antiguos compañeros de Makoma, derramó lágrimas. (2)

(1) «Sirat ar-rasul» en el «Journal des savants de 1832, p. 542.

(2) «Raihan,» fól. 202, r.

Pero estos historiadores, que preocupados por ideas teológicas, han falseado la historia algunas veces, se hallan en oposición con un cronista español casi contemporáneo (1) que escribía, por decirlo así, bajo el dictado de los sirios establecidos en España, que afirma que era Moawia el trasunto de su padre. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que los caisitas no querían obedecer á un príncipe que tenía una kelbita por madre y otra kelbita por abuela, ni menos sufrir el mando del kelbita. Hasan ibn-Malic ibn-Bahdal, gobernador de la Palestina y de la provincia del Jordán, que había tomado la dirección de los negocios en nombre de su sobrino segundo. (2) Tomaron, pues en todas partes una actitud hostil, y uno de sus jefes, Zofar, de la tribu de Kilab, levantó el estandarte de la rebelión en el distrito de Kinnesrina, de donde arrojó al gobernador kelbita Said, ibn-Bahdal. Como era preciso oponer otro pretendiente al de los kelbitas, Zofar se declaró partidario de Abdalla, hijo de Zobair, cuya causa era en el fondo completamente indiferente á los caisitas. El partido de los pia-

(1) Isidoro, c. 18.

(2) «Hamasa,» p. 319, y «Raihan», fól. 187, r.

dosos acababa de adquirir un singular aliado. Puesto que se disponía á mantener la causa de los hijos de los compañeros de Mahoma, Zofar se creyó obligado á pronunciar desde el púlpito un sermón edificante. Pero aun que gran orador y escelente poeta, á la manera de los árabes paganos, no estaba acostumbrado por desgracia á las fórmulas religiosas y al estilo místico. Á la mitad de la primera frase se quedó cortado, y sus hermanos de armas se rieron á carcajadas. (1).

Moawia sobrevivió cuarenta dias, dos meses ó tres—no se sabe lo cierto ni importa el saberlo gran cosa.—La confusion habia llegado á su colmo. Cansadas las provincias de ser tratadas por los Sirios como país conquistado, sacudieron el yugo. En el Irac, se levantaba cada dia un Califa que era derrotado al siguiente. (2) Ibn-Bahdal no habia decidido todavía su plan, ya quería proclamarse Califa, ya convencido que no sería obedecido mas que por sus kelbitas, se manifestó pronto á obedecer al omeya que eligiera el pueblo (3) Pero como

(1) «Raihan,» fól. 187 r.

(2) Véase Ibn-Kaldun, t. II, fól. 171 r y v.

(3) «Hamasa,» p. 319.

había pocas esperanzas de éxito, no era fácil encontrarlo. Walid, nieto de Abu-Sofyan y antiguo gobernador de Medina que lo había aceptado, atacado por la peste cayó muerto, cuando oraba sobre la tumba de Moawia II. (1) Bien hubiera querido Ibn-Bahdal dar el califato á Kalib, hermano de Moawia II, pero como no contaba mas que diez y seis años, y los árabes no querían obedecer más que á un adulto, no se atrevió. Ofreciólo, pues á Othman, pero este que creía enteramente perdida la causa de su familia rehusó y fué á reunirse al afortunado pretendiente Ibn-Zobair, cuyo partido engrosaba de dia en dia. En la Siria, todos los caisitas se declararon en su favor. Dueños ya de Kinnerina, lo fueron bien pronto de la Palestina, y el gobernador de Emesa, Noman hijo de Badir el Defensor, se declaró tambien por Ibn-Zobair. (2)

Ibn-Bahdal por el contrario, no podia contar mas que con un solo distrito, el del Jordan, el menos considerable de los cinco en que se dividía la Siria. (3) En él se le había jurado obediencia, pero á condicion

(1) Ibn-Kaldun. p. II, fól. 170 v.

(2) «Raihan,» fól. 187 r. Ibn-Kaldun, fól. 112 r.

(3) Véase Iztakhri, p. 37.

de que no daría el califato á ninguno de los hijos de Yezid, porque eran demasiado jóvenes. En cuanto al distrito de Damasco, el más importante de todos, su gobernador Dhahac de la tribu de Fihir, (1) no pertenecía á ningun partido. No estaba de acuerdo ni aun consigo mismo: antiguo jefe de la guardia de Moawia II, y uno de sus más íntimos confidentes, no le agradaba el pretendiente de la Meca; maáddita, no quería hacer causa común con el jeque de los kelbitas, de aquí sus dudas y su neutralidad. Á fin de sondear sus intenciones y las del pueblo damasceno, Ibn-Bahdal le envió una carta, para que se leyese el viérnes en la mezquita. Esta carta estaba llena de alabanzas para los Omeyas, y de inventivas contra Ibn-Zobair; pero como Ibn-Bahdal temiese que Dhahac rehusara leerla públicamente, tuvo buen cuidado de dar una copia á su enviado diciéndole: «Si Dahhac no lee aquella á los árabes de Damasco, «tu leerás esta.» Sucedió lo previsto. El viérnes, cuando Dahhac salió al púlpito no dijo una palabra respecto á la carta recibida. Entónces se levantó el enviado de Ibn-

(1) Los Fihir, eran los coreiscitas del distrito de la Meca.

Bahdal y la leyó al pueblo. Apenas acababa su lectura, se oyeron voces por todas partes. «Es verdad lo que dice Ibn-Bah-dal» exclamaban unos; «nó, mentira contestaban los otros.» El tumulto era horrible, y en el recinto sagrado que, como en el resto de los países musulmanes, servía tanto para las ceremonias religiosas, como para las deliberaciones políticas, resonaban las injurias que mutuamente se lanzaban kelbitas y caisitas. Al cabo, Dahhac logró restablecer el silencio, acabó la ceremonia religiosa, y continuó en su indecisión. (1)

Tal era la situación de la Siria, cuando los soldados de Moslin volvieron á su país natal. Pero no era ya Moslin quien los mandaba, y hé aquí en pocas palabras lo que había sucedido en este intervalo.

Después de la toma de Medina, Moslin ya gravemente enfermo cuando la batalla de Harra, se negó á sujetarse al rigoroso régimen que los médicos le habían prescrito. «Ya, decía, moriré contento pues que he castigado á los rebeldes, y como he muerto á los asesinos de Othman, Dios me perdonará mis pecados. (2) Habiendo llegado con

(1) Ibn-Khaldun, fól. 172 r.

(2) Abuil-mahasin «apund», Weil, t. I, p. 331 en la nota.

su ejército á tres jornadas de la Meca, y conociendo que su fin se aproximaba, llamó al general Hozain designado por Yezid para sustituirle en el mando caso de que muriera. Este Hozain, era de la tribu de Sacun, y por consiguiente, Kelbita como Moslin; pero Moslin le menospreciaba porque le creia falta de penetracion y firmeza. Apostrofándolo con esa brutal franqueza que constituía el fondo de su carácter y que no nos es permitido disimular le dijo: «Borrico, vas á tomar en mi lugar el mando. No te lo confiaría yo, pero es menester que se cumpla la voluntad del Califa. Escucha ahora mis consejos, pues te conozco y sé que tienes necesidad de ellos. Guárdate de las astucias de los coreiscitas, cierra los oidos á sus almibarados discursos, y acuérdate de que una vez llegado delante de la Meca, no tienes mas que tres cosas que hacer: combatir sin cuartel, encadenar los habitantes de la ciudad y volver á Siria.» (1) Dicho esto espiró.

Portóse Hozain delante de la Meca, como si se hubiera propuesto probar que las prevenciones de Moslin respecto á él no

(1) Fakihí, fól. 400 v.; «Raihan,» fól. 201 v.; Ibn-Khaldun, fól. 170 v.

eran infundadas. Léjos de carecer de audacia, léjos de amilanarse por escrúpulos religiosos, escedió los mismos sacrilegios de Moslin. Sus ballestas hicieron llover sobre la Caba piedras enormes que derribaron las columnas del templo. Instigado por él, un caballero sirio lanzó una antorcha encendida, sujeta á la estremidad de su lanza sobre el pabellon de Ibn-Zobair, erigido en el patio de la mezquita. Ardió el pabellon en un momento, y habiéndose comunicado el fuego á los velos que envolvían el templo, la santa Caba, la mas reverenciada de las mezquitas musulmanas quedó enteramente consumida... (1) Por su parte los de la Meca secundados por una multitud de no-conformistas, que olvidando momentáneamente su ódio contra la alta iglesia, corrieron llenos de entusiasmo á defender el territorio sagrado, sostenian el asedio con gran valor, cuando la noticia de la muerte de Yezid vino de pronto á cambiar la faz de los negocios. Esta nueva inesperada, causó un gozo indecible al hijo de Zobair; para

(1) Hay otras tradiciones acerca de la causa de este incendio, pero lo que doy en el texto parece la única verdadera Ibn-Khaldun, (fól. 170 v.) es tambien la única que se encuentra en el autor mas antiguo y más digno de fé, Fakihi (fól. 400 v.)

Hozain fué un rayo. Demasiado conocía este general de espíritu frío, egoísta y calculador, no consagrado en cuerpo y alma, como Moslin al servicio de sus señores, la fermentación de los partidos en la Siria, para no prever que iba á estallar una guerra civil, y no haciéndose ilusiones acerca de la debilidad de los Omeyas, vió en la sumisión al Califa de la Meca el único remedio contra la anarquía y la única salvación para su ejército, gravemente comprometido, y para él, que lo estaba más todavía. Citó pues, á Zobair para la noche siguiente, señalando sitio para la conferencia. Llegado aquel, le dijo á Zobair en voz baja, á fin de que los sirios no pudieran oírlo.

—Estoy pronto á reconocerte por Califa, á condición de que te comprometas á conceder una amnistía general, y á abandonar todo propósito de venganza, por la sangre derramada en el sitio de la Meca y en la batalla de Harra.

—Nó, le respondió Ibn-Zobair en voz alta, no quedaré satisfecho aunque mate diez enemigos por cada uno de mis camaradas.

—¡Maldito sea el que te considere en adelante hombre de talento! replicó entonces Hosain. Hasta ahora había creído en tu

prudencia, pero te hablo bajo y me contestas ¡alto, te ofrezco el califato y me amenazas con la muerte!

Ya la reconciliación entre estos dos hombres era imposible. Hosain rompió al punto la conferencia y tomó con su ejército el camino de la Siria. En él encontró á Merwan. Vuelto á Medina despues de la batalla de Harra, y desterrado de nuevo por orden de Ibn-Zobair se había ido á Damasco. Aquí, hallando casi desesperada la causa de su familia, se había comprometido en una entrevista con Dhahhac á volver á la Meca á fin de anunciar á Ibn-Zobair que los sirios estaban dispuestos á obedecer sus órdenes: (1) creyendo, este el medio mejor de conquistar la benevolencia de su antiguo enemigo. Durante este viaje de Damasco á la Meca fué cuando encontró á Hosain. (2)

El general, despues de asegurarle que no reconocería al pretendiente de la Meca, le prometió que si tenía valor para empuñar el estandarte de los Omeyas podría contar con su ayuda. Habiendo aceptado Merwan esta proposición, resolvieron convocar en

(1) «Raihan», fól. 187 v.

(2) Ibn-Khaldun, fól. 172 v.

Djavia una especie de dieta para tratar de la eleccion de Califa.

Convocados á ella, concurrieron Ibn-Bahdal y sus kelbitas. Dhahac prometió tambien su asistencia, escusándose por la conducta que hasta entónces había observado. Púsose en efecto en camino con los suyos pero en medio dél persuadidos los caisitas de que los kelbitas no votarían mas que al aliado de su tribu, á Khalib el hermano menor de Moawia II, rehusaron continuar. Dhahac volvió piés atrás y fué á acampar en la pradera de Raita al Oriente de Damasco.

(1) Entretanto, comprendieron los caisitas que sus querellas con los kelbitas iban á ventilarse bien pronto con las armas; pero cuanto más se aproximaba el momento decisivo, mas conocian lo monstruoso de su alianza con el partido de los piadosos, y como tenian mas simpatías por Dhahac hermano de armas de Moawia I, le dijeron: «Porqué no te proclamaste Califa? No vales (tú ménos que Ibn-Bahdal ó Ibn-Zobair.)» Envanecido con éstas palabras, y contento por salir de la difícil posición en que se encontraba, aceptó Dhahac la proposición de

(1) «Raihan,» fól. 187 v; «Hamasa;» Ibn-Khalidun, fól 172 r.